
RECONCILIACIÓN INDÍGENA

Diego Irarrázaval



EL CONTINENTE ESCONDE SUS VERDADES. Casi nadie asume el ser indoafro-mestizo-americano. Cada persona puede relatar su trayectoria. En mi caso, he sido mal educado en la sociedad chilena corroída por el racismo, que oculta lo mestizo e indígena; me parecía fascinante lo de afuera y poco valiosa nuestra interioridad. Me ha costado cambiar. El contacto con pueblos autóctonos en el Perú me ha abierto los ojos. Ahora aspiro a colaborar en la ruta de la reconciliación.

Me parece importantísimo lo que antes era accidental. Estoy convencido de que si los orígenes indígenas/mestizos son asumidos, entonces tendremos un buen porvenir en nuestro continente. Éstas palabras tal vez suenen desfasadas e ilusorias, debido al contexto globalizado, que nos induce a ser homogéneos.

Cabe preguntar: al buscar la felicidad, ¿a quién imitamos? Más bien nos conviene ser auténticos. En este continente, particularmente en las personas humildes, existe mucha energía creativa. No somos minusválidos. Al atravesar una época de cambios vertiginosos (y de cierta inseguridad), uno anhela caminar por un terreno sólido y dirigirse hacia lo que valga la pena. Esto presupone autenticidad y reconciliación.

Invito al lector o lectora a considerar los puntos siguientes:

DIEGO IRARRÁZAVAL

- 1) superar el cisma que nos separa a unos de otros,
- 2) la conversión evangélica,
- 3) el pasado y futuro indígena, 4) un itinerario de reconciliación.

1. SITUACIÓN CISMÁTICA

Somos una población problematizada. Etimológicamente cisma quiere decir división, carencia de amor, vida desgarrada. América Latina está caracterizada por divisiones intolerables. Uno es cómplice de muchísima separación y discriminación en varios terrenos: economía, raza, cultura, género, generaciones, religiosidades. Nuestro continente (nominalmente cristiano) está plagado de estos cismas cotidianos que nos distancian a unos de otros y nos separan de Dios¹. Al hacer diagnósticos, solemos hablar de «problemas» en uno u otro terreno. Más bien hay inmensas problemáticas. Existe un desorden en el día a día y en las estructuras. Aparentemente existe orden; es un «orden» lleno de hipocresía, incoherencia, exclusión. ¿Estamos dispuestos a encarar nuestros errores y pecados?

La humanidad clama por una genuina reconciliación entre quienes somos diferentes, entre quienes somos llamados a convertirnos al otro u otra, y a convivir como diferentes sin violentarnos. Veamos la cuestión indígena. Dentro del gran escenario contemporáneo cunden la división y la exclusión. Al luchar contra el empobrecimiento y al postular el pluralismo, la modernidad es sumamente positiva. Sin embargo, muchos presuponen que progresar es apartarse de la herencia indígena. Por otra parte, la ciencia-tecnología está expoliando la naturaleza, y también agrede a pueblos indígenas asentados en su madre tierra. Otro factor devastador es el racismo, a veces camuflado, pero siempre omnipresente. Somos inducidos a negar el ser mestizo, indígena, afroamericano, etc. Otra problemática es la consigna cristiana de ser la «única verdad». Esto descalifica a

¹ En la Iglesia antigua, el cisma es «falta de amor», rivalidades dentro de una comunidad local»; sólo en la Edad Media el cisma es entendido de modo universal y como separación de la autoridad del Papa (véase al respecto «cisma» en W. Beinert, *Diccionario de teología dogmática*, Herder, Barcelona, 1990, pp. 114-115).

RECONCILIACIÓN INDÍGENA

religiones propias de este continente. En éstas y tantas otras formas cotidianamente crece y se ahonda la condición cismática.

Ahora bien, ¿puede conjugarse el pasado y lo que nos depara el futuro? Me parece que los pueblos originarios de América Latina entrelazan el pasado, el presente y el futuro. Son pues espacios de reconciliación. Son signos de plenitud humana y de trascendencia.

En efecto, en nuestras raíces y en nuestro futuro encontramos huellas de Dios. Palpamos la presencia del misterio. Somos cobijados por el «corazón del Cielo y corazón de la Tierra» (según la expresión espiritual maya). Este modo indígena de invocar a la divinidad muestra su honda calidad.

Al hablar de superar cismas y reconciliarnos con lo indígena, vale no idealizarlo. En el caso de la población andina, ella misma no se endiosa; más bien ella encara sus limitaciones y se dirige hacia el Dios que salva. No cabe, pues, endiosar a la gente indígena. Más bien se trata de reconectarnos con la raíz/porvenir indígena.

2. AFIRMACIÓN RADICAL

Atravesamos un cambio de época que nos desinstala (de lo anti-indígena y *ide* tanto más!) y nos permite una genuina radicalidad. Me detengo en un aspecto: la interacción con pueblos originarios, con pueblos masacrados, resistentes, generadores de vida. Constituyen raíces fecundas y nos comparten sus grandes recursos. Es evidente que hablo como un no indígena y dirijo estas palabras a mis semejantes.

La interacción tiene un trasfondo evangélico. Optamos por personas que, dentro del acontecimiento de Cristo, nos revelan el amor divino desde su condición de «últimos y últimas» abrazados preferencial y salvíficamente por el Dios de Jesús.

Una actitud evangélica

El evangelio nos convoca a un trato cordial y justo. Esto va dirigido preferentemente a quienes son últimos en nuestras sociedades: indígenas, mujeres, habitantes marginados en las ciudades, afro-americanos, amazónicos. Es un trato sin condescendencia ni afán

DIEGO IRARRÁZAVAL

benefactor. Muy por el contrario, quienes son últimos pasan a ocupar el primer puesto que les da Dios, vale decir, ellos y ellas pasan a ser nuestros maestros y maestras del amor divino.

Estas afirmaciones tienen como fundamento el mandato evangélico: el amor sin exclusiones ni límites (Lc 10,25-28 y paralelos). Esto ha sustentado a la comunidad. Pero ha habido pecado. La transgresión es resuelta por el perdón y la reconciliación (Mt 18,21-22; Lc 15,11ss). Así ha ocurrido en la historia. Tanto amar como perdonar son las actitudes más radicales.

Sin embargo, la «cristiandad latinoamericana» ha maltratado, de modo sistemático e impunemente, a poblaciones indígenas. Esto no ha caracterizado a cada persona representativa de la Iglesia, según indican documentos y hechos públicos². A todos nos consta que mucha gente cristiana ha interactuado correctamente con personas y grupos indígenas. No tenemos datos estadísticos, pero sí hay hechos significativos. Durante largos años, al interior del mundo indígena, he constatado muchos casos de solidaridad y justicia. Esto se contrapone a la discriminación institucionalizada.

La cristiandad ha estado marcada por la violencia. No basta (en aquel pasado ni tampoco hoy) una simple expresión de perdón. Como comunidad eclesial hemos pecado: con mucho abuso y muchísima omisión. Se requieren procesos de reconciliación. Ante hechos de violencia, hay que distinguir un lenguaje de perdón, por un lado, del proceso integral de reconciliación, por otro lado.

Anoto un caso paradigmático relatado por Bartolomé de Las Casas³. En 1511, en Cuba, el gobernante indígena Hatuey denunció que «lo que amaban los cristianos como a señor propio... era el oro». Antes de ser quemado vivo le conminan a bautizarse, «porque los que mueren cristianos van al cielo»; él dice que no quiere ir

² Véase E. Dussel, *El episcopado latinoamericano y la liberación de los pobres, 1504-1620*, Ed. CRT, México, 1979. Una lúcida postura de hoy: la Comisión Episcopal para Indígenas advierte: «Que no haya entre los agentes de pastoral figuras siniestras de misioneros y obispos destructores de culturas, ávidos de oro y poder, que como Diego de Landa en Yucatán, llegaron incluso a torturar a los indios» (*Fundamentos teológicos de la pastoral indígena en México*, México, 1988, 154).

³ *Historia de las Indias*, libro 3, capítulo 25, Biblioteca de Autores Españoles, tomo XCVI, Madrid, 1961, pp. 234-236.

RECONCILIACIÓN INDÍGENA

adonde están los cristianos que tanto mal hacen a su pueblo, y «lo quemaron». No quiso ir a un cielo apropiado por cristianos violentos.

Anonadados por este acontecimiento terrible, uno se da cuenta de que, al endiosar el poder material, los creyentes nos separamos del Dios vivo. Es un pecado mayor. Otra lección es que el pueblo indígena tiene derecho a la felicidad aquí y en el más allá. En la medida en que la población indígena no sea violentada, ella puede aspirar ir al cielo, es decir, reconciliarse con gente cristiana.

Conversión al indígena

En contextos discriminatorios, la población indígena es urgida a cambiar; ya que ha sido catalogada como «gentil» -según el lenguaje colonial-, y «atrasada y supersticiosa» -a los ojos modernos-. Pues bien, sorprende que ella pasa a ser instancia de conversión (para los no indígenas). Este es un vuelco radical.

Después de 500 años, organismos de Iglesia comienzan a transitar por la reconciliación⁴. La directiva del episcopado brasileño ha pedido perdón por pecados cometidos contra pueblos indígenas y afroamericanos (26-4-2000); en esta ocasión, un líder, Pataxó, exigió el derecho a la tierra y la justicia. Los obispos de Chile acordaron que «al pedir perdón por los errores cometidos haya objetividad... y reparación de las injusticias históricas que han sufrido los pueblos indígenas». También resalta el evento de Santo Domingo, en 1992. En su aporte profético, los pastores de Brasil piden perdón «por tolerar o participar en la destrucción de culturas indígenas y africanas... y no reconocer la presencia de Dios en sus culturas». El Documento de Santo Domingo tuvo gran impacto. Por primera vez la voz eclesial en América Latina y el Caribe ha tomado en cuenta

⁴ Cito a episcopados de Brasil («A celebração dos 500 anos», *Revista Liturgia*, 161, 2000) y de Chile (Asamblea de la Conferencia Episcopal, 18-II-1999) y el evento episcopal de Santo Domingo, en 1992. En la preparación hacia Santo Domingo, el aporte del episcopado de Brasil, agosto de 1992, párrafos 34 a 41; El Documento Final tiene una sección sobre inculturación, de modo especial en ámbitos indígenas, afroamericanos, mestizos (párrafos 243-251) y lúcidas palabras de Juan Pablo II: que no indígenas «respeten su idiosincrasia y se unan a ustedes en la construcción de un futuro en el que todos sean parte activa y responsable» (*Mensaje a pueblos indígenas*, 13-X-1992); Luego en Roma el Papa

DIEGO IRARRÁZAVAL

(así comienza a reconciliarse) con el modo de ser y creer de indígenas y de afroamericanos; y positivamente plantea la inculturación (que no les agrede). El papa Juan Pablo II manifestó no sólo su respeto sino también la visión de construir juntos una sociedad mejor; además pidió perdón y mostró deseo de expiación. Recientemente, al celebrar el jubileo del Año Santo (Roma, 12-3-2000), el Papa ha pedido perdón por cristianos pecadores, por sus «métodos de intolerancia» a lo largo de la historia y por el «desprecio por (otras) culturas y tradiciones religiosas».

Actitudes similares están brotando en otras iglesias⁵. Resalta, en la VII Asamblea del Consejo Mundial de Iglesias (Australia, 1991), la invocación oficial de Chung Hyun Kyung, que suplica la presencia de los espíritus de pueblos indígenas de la tierra y de otras manifestaciones del espíritu (incluyendo a Kwan Yin, divinidad asiática de compasión y sabiduría). En América Latina, muchos cuestionan la agresión protestante al modo de ser indígena. De modo gradual, sectores evangélicos y pentecostales empiezan a apreciar espiritualidades no cristianas. Así nos reconciamos con personas y culturas a quienes evangelizamos.

Carencias y omisiones

Pecamos y necesitamos perdón. La iglesia es «santa al mismo tiempo que necesitada de purificación constante; (ella) busca sin cesar la penitencia y la renovación» (Vaticano II, *Lumen Gentium*, 8). Quienes ejercemos ministerios en la comunidad eclesial no podemos actuar puntualmente (simplemente hablando de perdón). Quienes han sido agredidos durante siglos, los pueblos indígenas y sus portavoces, tienen que ofrecer sus denuncias y sus gestos de reconciliación.

pide perdón a indígenas y negros, una «expiación» por el accionar eclesial que estuvo marcado por el pecado, la injusticia y la violencia (21-X-1999), y el 12-III-2000 lleva a cabo la emotiva liturgia de jubileo con su rito penitencial.

⁵ Para el caso de la Asamblea del Consejo Mundial de Iglesias, véase Chung Hyun Kyung, en U. King (Comp.), *Feminist Theology from the Third World*, SPCK, Londres, 1994, 392-394. Unas oleadas de acción proselitista, de origen norteamericano, han contribuido a la violencia cultural y religiosa: véase E. Rohr, *La destrucción de los símbolos culturales indígenas*, Abya Yala, Quito, 1997.

RECONCILIACIÓN INDÍGENA

A mi parecer lo más urgente es un dialogo penitencial. Si no llevamos a cabo este proceso, no avanzamos en el camino del Señor.

La reconciliación tiene cuatro facetas: Dios da el perdón, la acción eclesial (sacramental), la dimensión social, y la sanación y paz interior. Estas cuatro se entretajan y cada una necesita a las demás. Suele haber omisión al faltar una o más de ellas. A menudo falta la reparación pública del pecado; esto es patente en la persistente marginación, tanto en la sociedad como en la Iglesia, sufrida por los pueblos indígenas y mestizos.

Anoto otros dos asuntos. En forma constante suplicamos a Dios para que nos perdone; sin presuponer que basta un gesto cristiano para tener el perdón divino. También ponemos acento en la práctica cotidiana de la reconciliación, que se articula con el sacramento de la penitencia. Éste ha sido renovado, al ser reinsertado en los amplios marcos de la «reconciliación». A menudo hay carencias en la práctica cotidiana; aquí es verificado el afán reconciliador.

3. PASADO Y FUTURO INDÍGENA

No hablo de superhumanos ni de seres perfectos. Pero sí tienen cualidades especiales. Las personas indígenas suelen vivir su humanidad basada en el cosmos. Además, su espiritualidad es de carácter relacional. Esto es un antídoto al gravísimo pecado individualista de hoy.

Otra gran cualidad indígena es ser raíz de identidad e historia, y a la vez formar parte del porvenir humano. Esto no lo veía hace treinta años; lo veo ahora gracias a buenas amistades (en especial Paulo Sues). Los pueblos originarios aseguran tanto nuestro pasado como un futuro humanizador. Por consiguiente, reconciliarnos con ellos no es mirar para atrás, abarcamos el pasado, presente, porvenir. Junto con reparar masacres y marginaciones de las épocas colonial y republicana, hay que superar la invisibilización y exclusión indígena de la praxis que desarrollamos hoy y mañana.

Nos cabe reparar, por una parte, el pasado lleno de violencias directas y estructurales. Por ejemplo, hay que saldar deudas con la población maya y nahuatl⁶. Sabios mayas han dicho: «Llegaron los

⁶ Cito el *Libro de Chilam Balam de Chumayel*, texto maya del siglo XVI (edición de M. de la Garza, SEP, México, 1985, p.162); y el diálogo redactado por

DIEGO IRARRÁZAVAL

dueños de nuestras almas... se fundaron los cimientos de la santa Iglesia... allí se perdió... comenzó el trabajo de destrucción... la miseria de todo el mundo». Líderes nahuatl, conminados a abandonar su cultura y religión, dicen: «Con admiración hemos escuchado las palabras del Señor del Universo, quien les ha enviado aquí por amor a nosotros... ustedes nos han dicho que no conocemos a aquél por quien vivimos y existimos y que es el Señor del cielo y de la tierra... Hemos perdido el poder, ustedes nos lo han tomado... ¡Es suficiente!, nuestros dioses los conservamos, preferimos morir antes que abandonar su culto». Tanta violencia política («ustedes han tomado el poder»), y violencia espiritual (nos han dicho que no conocemos a Dios) tienen que ser reparadas.

Asimismo, recalco la importancia del presente/porvenir. La reconciliación nos hace apostar a la nueva humanidad, al nuevo cielo y tierra; en lo cual colaboran todos los pueblos (indígenas junto a los demás)⁷. En este sentido, el III Encuentro de Teología India ha dicho: «Son los pueblos indígenas mismos, los jardineros privilegiados, llamados a abrir los jardines de estas rosas perfumadas a hombres y mujeres de otros pueblos, para que su fragancia se esparza por doquier: es la fragancia de Dios. (...) Delante del modernismo... queremos producir un cambio verdadero que construya una casa grande en donde vivamos todos los pueblos de la humanidad, de manera más digna, más humana, más divina». Estas palabras proféticas tienen alcance universal.

También es alentadora la propuesta de los obispos católicos de Asia: el contacto con otras tradiciones religiosas se sitúa en un plano holístico, de complementariedad y armonía y no de oposición; se trata de «dialogar con otras creencias, con los pobres y con otras culturas». Es decir, Dios acompaña a todos los pueblos que construyen un futuro más humano; ésta es una tarea holística que incluye lo espiritual y religioso, la lucha contra la pobreza y el contacto entre culturas distintas.

B. De Sahagún, entre 12 franciscanos y líderes nahuatl en México (C. Duverger, *La conversión de los indios de la nueva España*, Abya Yala, 1990, pp. 82-86).

⁷ Cito el documento del III Encuentro de Teología India (Sabiduría india, fuente de esperanza, IPA, Cusco, 1998, p. 10) y la declaración de la VII Asamblea de la Federación de Conferencias Episcopales de Asia, 3,12-I-2000 (Sedos 32/8-9, 2000, pp. 242-245).

RECONCILIACIÓN INDÍGENA

4. ITINERARIO DE LA RECONCILIACIÓN

Encaramos la reconciliación desde nuestras fuentes cristianas. Se trata de un proceso, no es algo puntual y rápido, incluye muchas dimensiones. Además, la reconciliación no es una disputa con respecto a la liberación, más bien es parte del proceso de salvación cristiana.

En el Nuevo Testamento (en especial en san Pablo) la «reconciliación» es presentada como acción de Dios en el marco de su obra salvífica y justificatoria. En el lenguaje griego quería decir un intercambio; en el mensaje bíblico tiene el sentido de comportamiento divino hacia la humanidad, que conlleva acción salvífica tanto hacia judíos como paganos (siendo éstos los preferidos). La doctrina paulina presenta la reconciliación gracias a Cristo mediador, y de modo eclesial y cósmico. Ella es hecha por Dios (y no por mérito humano), reconcilia a gentiles y judíos y reconcilia todas las realidades del mundo⁸.

Dicha perspectiva fue poco desarrollada en el transcurso de la historia de Occidente (como anota José Comblin); sí ha sido recalcada en los últimos años gracias a estudios bíblicos, al magisterio del Vaticano II y a la reconsideración del sacramento de la penitencia en términos de reconciliación (como lo hace Juan Pablo II en su *Reconciliatio et penitentia*, en 1984). En el caso latinoamericano, ha habido una polémica en que algunos sectores de la Iglesia han interpretado dicha temática en contraposición a la liberación y para resolver los conflictos en el continente⁹. Hoy continuamos avanzando por la ruta bíblica, patrística, y eclesial.

⁸ Véase W. Barclay, «Katallassein», *New Testament Words*, Philadelphia: Westminster, 1974, pp. 164-168; J. Comblin, *Reconciliación y liberación*, CESOC, Santiago, 1987, pp. 15-41.

⁹ Entre 1985 y 1995 en el Perú se han llevado a cabo cinco congresos internacionales de la reconciliación; véase la reseña de Mons. Fernando Vargas, «Historia y balance de los congresos de reconciliación», en *Nueva evangelización rumbo al tercer milenio*, Ed. VE, Lima, 1996, pp. 205-221, quien resalta el papel de L.F. Figari, fundador de Sodalitium. Mons. A. López Trujillo piensa que es un «correctivo a una forma de liberación en clave revolucionaria» (*Liberación y reconciliación*, Ed. VE, Lima, 1990, P. 71).

DIEGO IRARRÁZAVAL

Perdonar y ser perdonado

Dios, al actuar, lo hace de manera gratuita. La humanidad pecadora es perdonada gracias a la Pascua del Señor. Esto nos motiva a los seres humanos a agradecer y acoger la salvación, lo cual incluye pedir perdón y ser perdonado (vale decir, existe un dinamismo de reciprocidad). Esto lo hacemos constantemente en la oración del Padre Nuestro, en la acción cotidiana de la reconciliación y en el sacramento de la penitencia.

¿Cómo es la reciprocidad en el contexto indígena? Es un dinamismo con dos momentos y dos lenguajes. Por un lado, a quienes han agredido, les cabe conversión, pedir perdón y actuar para reparar el mal hecho contra indígenas. Por otro lado, quienes han sido víctimas pueden abrir su corazón, perdonar al ofensor y juntos iniciar un modo de vida reconciliada. Me parece que si no hay este doble movimiento, nada es resuelto.

También hay que considerar los contextos. La violencia ha sido parte del orden colonial y del acontecer moderno. Involucra a personas y a estructuras. Ocurre en varios ámbitos: económico, militar, cultural, religioso, eclesial, interpersonal, afectivo, racial. Su contraparte es la reconciliación. Ella se desenvuelve en dichos ámbitos y transforma estructuras. De lo contrario, sería un asunto unilateral y ahistórico.

En este sentido, el episcopado de Brasil (en su citado aporte a Santo Domingo) es una fuente inspiradora. En cuanto al pasado: confesamos como Iglesia los errores en la primera evangelización. Lo dicho en Brasil es aplicable a todas nuestras realidades: no reconocer la presencia de Dios en las culturas indígenas, confundir evangelización con imponer la cultura occidental, tolerar o contribuir a la destrucción de culturas indígenas (y afroamericanas). En cuanto al presente, confesamos los pecados de hoy: sistema de dominación y racismo, y marginación de la Iglesia institucional y de la sociedad.

Existe, pues, una disposición a recibir el perdón, y a esa disposición corresponde la acción de representantes indígenas que nos perdonen. Esto ocurre en la interacción concreta entre indígenas y no indígenas, ya que juntos buscamos modos de reemplazar estructuras de opresión por instituciones solidarias y justas. Tiene tanta importancia que la población indígena maltratada conceda el perdón como que el resto de la humanidad sea perdonada.

RECONCILIACIÓN INDÍGENA

Momentos de un proceso

El proceso de reconciliación tiene varias fases. A mi parecer son cinco instancias: diálogo interreligioso, praxis hoy y mañana, reparación por hechos del pasado, conversión espiritual y sacramento de la penitencia, humanidad reconciliada.

Pongo en primer lugar lo que puede ser más difícil: el encuentro entre religiones. A gente cristiana nos cuesta reconocer la manifestación amorosa de Dios a través de pueblos que han desarrollado otras religiones. Apremiar sus logros culturales y ecológicos nos es relativamente fácil. Más arduo nos es reconocer que el caminar religioso de grupos no cristianos es acompañado por el Espíritu del Señor. Algunas personas -y en esto me incluyo- palpamos la presencia del misterio de Cristo en medio de la religiosidad y la simbólica autóctona.

Una segunda dimensión se refiere al presente y futuro. Se trata de la praxis de reconciliación integral. El ya anotado factor religioso es indesligable de toda la existencia humana; de manera integral cabe rehacer la relación entre indígenas y no indígenas. Es decir, cuestiones de tierra y nacionalidad, el trabajo y el sistema económico, la cultura y la política, relaciones de género y de generación, los modos de saber y esquemas de educación, etc. Me detengo en esto último. Para reconciliarnos, como ciudadanos y nosotros como cristianos hacia quienes tienen otra tradición religiosa, hay que desarrollar formas de educación bilingüe, intercultural, interreligiosa.

Lo prioritario es, pues, el presente y porvenir indígena. También nos preocupa el pasado. No puede olvidarse ni dejar impune la agresión institucionalizada durante el orden colonial sacralizado, ni ser cómplices del discriminatorio Estado moderno, al que le apoyan elementos cristianos. Mucha reparación es debida a los pueblos indígenas. Esto incluye restitución de tierra y bienes culturales, reparación por atropellos a la dignidad humana y gestos públicos de arrepentimiento y reconciliación.

Otro momento es de carácter espiritual y sacramental. Se han anotado algunas acciones proféticas por parte de organismos episcopales en América Latina y por Juan Pablo II. A nivel local y en iglesias en los espacios de un país pueden hacerse liturgias de carácter penitencial. En ellas cada persona y comunidad busca la

DIEGO IRARRÁZAVAL

conversión y fidelidad al Dios de misericordia y renueva vínculos de paz y justicia.

Por último, en el plano de las relaciones entre grupos socio-culturales, anhelamos y constituimos una humanidad reconciliada. De este modo es superado el cisma que corroe el alma de nuestros pueblos. Durante siglos nos estamos distanciando y agrediendo en la dolorida América Latina. Por otra parte, apreciamos muchos momentos, a lo largo de la historia, de mutua aceptación entre diferentes y de generación de vida compartida. Los dones divinos de la conversión y el gozo del perdón conllevan una reconciliación radical. En este sentido damos gracias a Dios.